

Padre José María Valente Bover S.I

Cuestión de los fariseos sobre el tributo. Mt 22, 15-22

Los tres episodios que siguen son un reñido pugilato de todos los primates de los Judíos contra el joven Maestro, y son también una porfía entre los diferentes grupos, que rivalizan entre sí sobre quién de ellos logra la palma de vencer a aquel formidable dialéctico. Empeñados en sonsacarle alguna palabra comprometedora, se dan a discurrir problemas escabrosos, que entrañen en sí dilemas ineludibles. Inician la lucha los fariseos, confabulados con los herodianos, partidarios de la dinastía de Herodes. Tras melosas adulaciones le proponen el candente problema de los tributos, si debían o no debían pagarse al César. Y es curioso que proponen de consuno el mismo problema los que le daban soluciones contradictorias: dispuestos, por tanto, los unos o los otros a impugnar la solución afirmativa o negativa que Jesús diera al problema. ¿Qué responde Jesús al capcioso problema? Con una sencilla pregunta, que es a la vez una invectiva, les da a entender que les ha calado sus insidiosas artimañas: «¿Por qué me tentáis, farsantes?» Como quien dice: Una pregunta hipócrita y maliciosa no merece respuesta. Y aquí podía darse por terminado el asunto. Pero Jesús quiere demostrarles que no les teme y que les va a envolver en las mismas redes que le tenían preparadas. Y dando media vuelta al diálogo, pasa de la defensiva a la ofensiva. No son ya ellos los que le preguntan a él, va a ser él quien les pregunte a ellos y les obligue a dar una respuesta imprevista. Inesperadamente y con tono imperativo les dice: «Mostradme la moneda del tributo». Y no tienen más remedio que presentarle un denario. Con el denario a la vista les hace una pregunta, que fatalmente predetermina la respuesta. Tienen, pues, que confesar que el denario es del César. Pues, si el denario es del César, la conclusión se impone: «Devolved al César lo que es del César». Pero, añade el Maestro, remontándose a alturas insospechadas y completando la verdad: «Y a Dios lo que es de Dios». Ante semejante respuesta, síntesis de toda la política cristiana, no es extraño que todos se maravillasen, y que aquellos farsantes se retirasen confundidos. Pero lo más admirable en el arte del Maestro es que la respuesta comprometedora, que ellos querían sonsacarle, les obligó a que ellos mismos la formularan; aunque en un sentido más alto y verdadero que el que ellos por sí le hubieran dado.

(José M. Bover, S.L., el Evangelio de San Mateo, Ed. Balmes, Barcelona, 1946 pág. 391-392)